

notas de filosofía

P. Alfonso López Quintás.

Nota al lector

MIRADA RETROSPECTIVA

Es muy posible que a los diez meses de iniciada esta sección, más de un lector se pregunte por la razón de su existencia. El autor parece haberse encastillado en la consabida torre de marfil de la Filosofía y llega un momento en que se hace obligado preguntar si existe alguna relación entre el nivel a que están situados estos trabajos y aquel en que se mueve el que consagra su vida a crear formas nuevas de habitación humana.

Si se me pidiese una palabra de aclaración, yo diría lo siguiente. Escribir ensayos cortos de Filosofía, con sus ribetes de actualidad, sería tan fácil como efímero. Lo importante es ir adquiriendo insensiblemente, sin más esfuerzo que la lectura mensual de un artículo no excesivamente largo, la preparación suficiente para dar a la sensibilidad artística la hondura y penetración que admiramos en buen número de grandes artistas y, en concreto, de grandes arquitectos actuales.

He aquí el fin que persigue esta sección. Por eso afronté el riesgo de dar continuidad a los diferentes trabajos llevado por la convicción de que la sabiduría es hija de la unidad, no de la dispersión. No se me oculta que esto es peligroso, dado el concepto ordinario de revista como órgano de mera información. Pero ¿por qué no ha de servir también a la tarea decisiva de abrir la mente a mundos nuevos, que, no por exóticos, son menos necesarios? Lo cierto es que todas las polémicas sobre Arte están lastradas por los equívocos debidos a vocablos decisivos que mucho convendría aclarar. Cuando dice, por ejemplo, Matisse que su intento en la capilla de Vence fué "tomar un espacio cerrado, de proporciones muy reducidas, y darle, por el solo juego de los colores y de las líneas, dimensiones infinitas", cualquiera advierte que en esta paradoja se encierra una visión muy profunda del espacio. Y no sólo una visión, sino el sentimiento, la experiencia vital del mismo, que es algo más intenso y personal. Si alguien arguye que este poder intuitivo es fruto de vivencias artísticas, no de contemplación intelectual filosófica, yo le diría que el quehacer filosófico no es algo distinto ni mucho menos opuesto a las otras actividades humanas, sino una de las vertientes del hombre que dan a las capas más profundas de la realidad. La Filosofía nos enseña a ver o al menos a adivinar la hondura y verdadera significación de nuestra vida y de sus experien-

cias. Y esta visión o adivinación, transformadas en conocimiento a través de la reflexión filosófica, son fuentes de poder creador. Pues es de saber que la reflexión no amenga la inspiración; antes le da mayor profundidad. El caso de Wagner es bien conocido.

Hoy está pasando con la Filosofía un fenómeno digno de nota. Todas las ramas del saber, a fuerza de progreso, han llegado a un punto en que ya no se valen con sus propios recursos metodológicos y se ven en la urgencia de acudir a la Filosofía en busca de orientación. Ya he anotado en otro artículo que a C. Fr. v. Weizsäcker la lectura de *Ser y tiempo*, de Heidegger, le sirvió de orientación en sus estudios de Microfísica, a pesar de la escasa noticia que sacó de ella. Lo cual es perfectamente comprensible, pues no se trata de engrosar el cúmulo de conocimientos, sino de dar a la mente la flexibilidad que necesita para hacer frente a problemas inéditos. Heidegger se encuentra en Filosofía con dificultades análogas a las de Weizsäcker en Física: es, a saber, investigar un tipo de realidad inasible, huidizo, falto de contornos precisos, que se dió en llamar "in-objetivo".

Evidentemente la lectura de textos filosóficos no añadirá nada nuevo "positivo" (!) al acerbo de conocimientos técnicos de un arquitecto. Pero, sin la menor duda, dispondrán su mente para crear las formas de expresión arquitectónica que exige su época. Si se dice actualmente que "la vivencia de un espacio sagrado consiste precisamente en la abolición del límite" (1) y se afirma que en una determinada obra arquitectónica muy lograda destacan "una voluntad de pureza, de simplicidad, un despegue del mundo de las apariencias (...) y al mismo tiempo un impulso hacia la alegría" (2), a nadie se oculta que se trata de cuestiones que desbordan el nivel de lo meramente técnico. La Técnica, precisamente, logrará su plenitud de sentido cuando esté al servicio de una mentalidad abierta al mundo de lo auténticamente humano. Si un arquitecto desea crear el paisaje vital que compete al hombre de hoy, su primera obligación es conocer a éste, y ello no se consigue sin ahondar en su pensamiento y en su actitud ante la vida.

(1) P. Gutiérrez: *La indignidad en el Arte Sagrado*, Edic. Guadarrama, 1961, pág. 141.

(2) J. Picard: *Les Eglises nouvelles à travers le monde*, Ed. des Deux-Mondes. París, 1960, pág. 63.